

Que los sabios eminentes
de la docta Salamanca
con detencion examinen
la propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante
tal decision del monarca,
mas que con ella se avenga
Doña Beatriz quiere, y basta.



ROMANCE IV.

TIEMPO PERDIDO.

Dejando atras á Granada,
en cuyas torres el viento
ya la cruz triunfante adora
entre cristianos trofeos;

Y dejando atras la corte
de los hispánicos reinos,
donde tristes desengaños
cogió y amargos desprecios;

Va el genoves navegante,
va el portentoso extranjero
en una mula de paso
hácia Córdoba derecho.

Sin volver atras los ojos,
pobre, abatido y enfermo,
sale de la hermosa vega
que le parece el infierno.

Lleva en su faz las señales
del infortunio y del tiempo,
que los años y desgracias
dan con un bronce en el suelo.

Seis años cuenta perdidos
desde que llegó al convento
de la Rábida, y el nombre
quiso hacer de España eterno.

Y sus esperanzas todas,
y todos sus pensamientos,
disipadas mira en humo,
en polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca
los doctores y maestros,
mas bien que examinadores
juezes inflexibles fueron,

Y le trataron altivos,
aunque era mas sabio que ellos,
no cual docto que consulta,
sino cual convicto reo,

Sus geométricas verdades
por respuesta hallaron testos,
sus cálculos silogismos,
sus demostraciones ergos.

Y aunque varios religiosos
de San Estéban (colegio
donde fué la conferencia)
que eran sabios verdaderos,

Si comprender no lograron
al inspirado extranjero,
le escucharon con asombro
y su importancia advirtieron;

Los mas, cual siempre acontece,
arrollaron á los ménos,
y sobre un hombre tan grande,
y sobre un tan gran proyecto

Informaron á la corte
con el mas alto desprecio,
de visionario y de loco
prodigándole dicterios.

El no entendido, más firme
en sus altos pensamientos,
de su plan el contradicho
más convenido y mas cierto;

De sí mismo más seguro
mientras halla mas tropiezos,
y nuevas fuerzas cobrando
de su propio abatimiento:

Del genoves navegante
parece el alma de acero,
escollo inmóble que arrostra
siglos, rayos, olas, vientos.

Pero no quiere que España
acoja ya sus esfuerzos,
ni que las ventajas logre
de tales descubrimientos.

Y á Córdoba despechado
veloz regresó, resuelto
de irse á buscar á otra corte
para realizarlos medio.

Mas Doña Beatriz Enríquez
y el fruto inocente y tierno
de sus plácidos amores,
detenerle aun consiguieron.

Eslabones mas tenazes
que los de forjado hierro,
y con que á aquel hombre insigne
ató á mi patria el eterno.

El genoves, obligado
por las prendas de su afecto
á no abandonar á España,
buscó en ella rumbo nuevo;

Y partió con gran reserva
de Santa María al puerto,
que era del ínclito duque
de Medinaceli feudo,

A buscar su patrocinio
y á ofrecerle ignotos reinos.
El duque con grandes honras
le acogió y con sumo aprecio,

Y ya preparaba naves
propias suyas, y dinero
con que el hombre extraordinario
llevase á cabo su intento ;

Cuando de la corte tuvo
aviso de que con ceño
y con envidia y sospechas
miraba el rei sus aprestos.

Suspendiólos advertido,
y exhortó con noble zelo
al piloto, que á la corte
y al rei regresase luego.

A la inexorable suerte
que sus mas vivos anhelos
contrariaba, y le tenia
atado al hispano suelo,

Tuvo el genoves constante
que humillarse con despecho,
y tornó á la hispana corte
y en ella á luchar de nuevo.

El mismo rei D. Fernando,
que no quedó satisfecho
del salamanquino informe,
le maneja astuto y diestro ;

Le alhaga con esperanzas,
(que detenerle es su objeto)
hasta que la infiel Granada
rinda á sus plantas el cuello.

Siguió aburrido á la corte
el soñador extranjero,
de aquella famosa guerra
presenciando los progresos.

En el asalto de Baza,
de Málaga en el asedio,
en otras altas acciones,
y en muchos duros reencuentros,

Discurrió como perito,
se mostró cual caballero,
combatió como cristiano
y se portó como bueno.

De la opulenta Granada
rendirse el poder soberbio
presenció en fin, de Castilla
y de Aragon al esfuerzo.

Y de las régias ofertas
llegado el plazo creyendo,
con mas teson y energía
llamó la atencion de nuevo.

Mas en vano, otras consultas
y otros plazos le han propuesto,
que los gastos de la guerra
tienen el tesoro yermo.

Con que de toda esperanza
perdidos los fundamentos,
dejar á España de véras,
de véras tiene resuelto.

Ni aun de Alonso Quintanilla
se ha despedido, temiendo
que elocuente y amistoso
aun pretenda detenerlo.

Y hácia Córdoba camina,
seguro de que los ruegos
de Doña Beatriz Enríquez
no han de hacer mella en su pecho.

Nada ya, nada en el mundo
le detiene, no hai remedio.
¡Oh cuánto poder y gloria
pierde España con perderlo!

En su acalorada mente
tanto agravio recorriendo,
y ansioso ya de encontrarse
en la corte de otro reino,

Aguija la tarda mula,
no le permite resuello,
ya de Pínos de la Puente
llega al miserable pueblo,

Y sin detenerse pasa
el despeñado riachuelo,
que entre riscos y entre juncias
va del Genil al encuentro.

Sigue adelante el camino,
cuando detras, el estruendo
de un caballo que galopa
oye resonar violento,

Y alcánzale á pocos pasos,
en un cordobes overo,
de sudor cubierta el auca,
blanco de espumas el pecho,

Arrogante y decidido
un atildado mancebo,
vestido un rico tabardo
de carmesí terciopelo,

Con castillos y leones
de plata y oro cubierto,
y un penacho rojo y jalde
volando sobre el sombrero.

Era un paje de la reina,
que al punto reconociendo
á la persona á quien busca
en el piloto extranjero,

Le dice en voz alta: «Amigo,
atras volvéd luego, luego,
pues de que sin vos no torne
orden terminante tengo.»

El genoves irritado
para la mula de presto;
pone la mano en la espada
y dice con gran denuedo:

«Antes que la rienda vuelva
me dejaréis aquí muerto;
basta, vive Dios, de burlas,
á España nada le debo.»

Desconcertóse al mirarlo
tan decidido y dispuesto
el paje, que le responde:
«Ni me burlo ni os ofendo;

«Pues la reina mi señora
me ha mandado deteneros,
y que á su presencia os lleve,
ved si obedecerla debo.»

Bastó el nombre de la reina
para un trastorno completo
del navegante ofendido
hacer en cabeza y pecho,

Que era nombre á quien tan alto
prestigio dió el mismo cielo,
que allanara un alto monte,
que domara el mar soberbio.

Á tal nombre sus agravios,
todos sus resentimientos,
todos los años perdidos,
y todos sus planes nuevos

El genoves olvidando,
abre palpitante el pecho
á tan vehemente esperanza,
á porvenir tan risueño,

Que le parece aquel paje
ángel bajado del cielo,
y en éxtasis delicioso
queda inmóvil y suspenso.

Jamas conseguido habia
esplicar su alto proyecto,
de la gran reina delante,
y ahora ve ocasion de hacerlo.

Por lo que rompiendo al punto
aquel rato de silencio,
lleno de vida el semblante,
responde al mudo mancebo:

« Pues Doña Isabel lo manda ,
 voi con vos y la obedezco. »
 Y revolviendo la mula
 sigue detras del overo.



ROMANCE V.

LA REINA.

Del apartado occidente
 á las ignotas regiones ,
 que solo nuestro viajero
 por revelacion conoce ,

Ya el sol descendido habia ,
 dejando estos horizontes
 envueltos en vagas sombras
 de una sosegada noche ;

Cuando á Santa Fe llegaron ,
 sin haber dejado el trote ,
 caminando en gran silencio
 el extranjero y el jóven.

Á las puertas de palacio
 descabalgan , y velozes
 la régia escalera suben ,
 sin que las guardias lo estorben.

Pues el paje de la reina ,
 á quien todos reconocen ,
 le sirve á su compañero
 de seguro pasaporte.

Llegados á la antesala ,
 donde damas y señores
 acaso esperan audiencia
 con distintas pretensiones ,

Al piloto dice el paje
 que allí le espere , y entróse
 á dar parte á su señora
 de estar cumplida la órden.

Vuelve al instante , y llamando
 al genoves , indicóle
 la respetada mampara
 que en cuanto este entró cerróse.

En un camarín pequeño
 vestido con pabellones
 de berberiscos damascos ,
 y una alfombra de colores ;

Junto á un cuadrado bufete
que rico tapete esconde
de carmesí terciopelo
con franjas de oro y borlones;

En frente de un oratorio
de concha, nácar y bronces,
donde la imágen brillaba
del Redentor de los hombres;

Y á la luz de dos bujías
de aquel breve cielo soles,
que en candeleros de oro
daban vivos resplandores;

Sentada en la régia silla,
con la presencia mas noble
que jamas tuvo matrona,
que jamas respetó el orbe,

Doña Isabel, la gran reina
de Castilla y Leon, mostróse
á los admirados ojos
del genoves sabio y pobre.

Un brial de raso morado,
con castillos y leones,
de perlas, esmaltes y oro
en recamadas labores

Era su traje. En su pecho
brillaban, como en la noche
los luzeros rutilantes,
las cruces que en los pendones

De las órdenes guerreras
son de la victoria norte.
Y de flamencos encajes,
que régia diadema coge.

Una delicada toca
ornaba su rostro, donde
formando un todo divino
de altos celestiales dotes;

El mas claro entendimiento,
la virtud mas pura y noble,
el esfuerzo mas gallardo
resplandecian conformes.

Doña Beatriz de Galindo,
que aun hoi conserva el renombre
de la *Latina*, por serlo
mui aventajada entónces,

Camarera de la reina,
señora de altos blasones,
y esposa del gran Ramirez,
del moro en Málaga azote;

Y Alonso de Quintanilla,
letrado de claro nombre,
tras la régia silla estaban
de pié, y con humilde porte.

Todo lo notó el piloto,
tanto esplendor deslumbróle,
y en el suelo, de rodillas,
á tal majestad postróse.

Con una sola mirada
la reina vió en aquel hombre
de la inspiracion celeste
los divinos resplandores.

Y él de una mirada sola
la grandeza reconoce
y la inteligencia suma
de la reina que le acoge.

Tras de un sublime silencio,
aunque brevísimo, donde
la admiracion y el encanto
de entrambos á dos mostróse,

Con grande bondad la reina
que alze del suelo mandóle,
que á la mesa se aproxime,
y que de su plan la informe.

Obedécela el piloto,
y con respeto tan noble
se acerca, y á hablar principia,
que la atencion régia absorbe.

Y con tal convencimiento,
con tal claridad, tal orden,
con tan sencilla elocuencia,
con tan potentes razones

Sus asombrosos proyectos
en breve discurso espone,
que la gran reina pasmada
se le figura que oye

A un inspirado, á un profeta,
á un ángel; y que son voces
del cielo aquellas que escucha,
y que en tal pasmo la ponen.

Abarca su entendimiento
el vasto plan, que doctores,
reyes, repúblicos, pueblos
juzgan quimeras informes.

Ve la espedicion segura,
y ya en ignotas regiones
triumfante la fe de Cristo
con el castellano nombre.

Ve un torrente de riquezas
que hácia sus vasallos corre,
y una gloria y poderío
que envidiarán las naciones.

Y superior á sí misma,
del cielo ayudada entónces,
ve aun mas que el mismo piloto,
aun mas alta que él alzóse.

En entusiasmo y fe viva,
 gérmen de grandes acciones,
 abrasada su alma heróica,
 henchido su pecho noble,

Quítase la alta diadema,
 y de su pecho recoge
 las riquísimas insignias
 de incalculables valores,

Las joyas y pedrería,
 los brazaletes y broches
 que sus brazos y su cuello
 engalanaban, y pone

Aquella breve riqueza,
 (breve sí, pero de enorme
 precio) encima del bufete,
 y «Toma, dice á aquel hombre,

«Toma, emplea este tesoro
 sin que nadie te lo estorbe,
 en cumplir el pensamiento
 que Dios te ha inspirado.—Corre,

«Vuela:—en naves castellanicas
 mares nunca vistos rompe,
 arrostra las tempestades,
 tu estrella á los vientos dome.

«Lleva á ese ignorado mundo
 los castellanicos pendones,
 con la santa fe de Cristo,
 con la gloria de mi nombre.

«El cielo tu rumbo guie,
 y cuando glorioso tornes,
 ó Almirante de las Indias,
 duque y grande de mi corte,
 «Tu hazaña bendiga el cielo,
 tu arrojo al infierno asombre,
 tu gloria deslumbre al mundo,
 abarque tu fama el orbe.»

En tanto que así decia
 reina tan ilustre, sobre
 su cabeza colocaba,
 con altas aclamaciones,

Un ángel, corona eterna
 de luzeros y de soles,
 que mientras mas siglos pasan
 adquiere mas resplandores.

Con ella la admira el mundo
 y adoran los españoles,
 cuando absortos la recuerdan
 en tan importante noche.



ROMANCE VI.

CONCLUSION.

Bajo un cielo borrascoso
que jamas mortal alguno
visto habia, en un inmenso
mar encrespado y sañudo,

Do jamas altiva nave
osó abrir incierto sulco;
en una region estraña,
parte ignorada del mundo,

Una frágil carabela,
casi imperceptible punto,
con grandes peligros lucha,
y sin amparo ninguno;

Las olas como montañas
atajar quieren su curso,
ya la arrojjan contra el cielo,
ya la hunden en el profundo.

Ya en sus costados se estrellan,
volando en espuma y humo,
ya la anegan en torrentes
de amargo espeso diluvio.

El huracan de otra parte,
y no ménos iracundo
brama entre sus rotas velas,
cruje en sus mástiles rudos,

Silba en su jarcia deshecha,
la arrastra con recio impulso,
y la vuelca y la levanta,
y combátela sañudo.

No se ve la faz del cielo,
por el espacio confuso
los relámpagos deslumbran,
cruzan los rayos trisulcos,

Retumban y estallan truenos
cual si reventara el mundo,
y envuelto en cárdenas nubes
el sol parece difunto.

Mas la frágil carabela
sigue pertinaz su curso,
y en tan espantoso cóos
lleva hácia occidente el rumbo.

Sin duda que se confia
en el talisman seguro
del pabellon castellano
que en su osada popa puso,

Pabellon que en aquel siglo
al Omnipotente plugo,
hacer de rara fortuna
y de escelsas glorias nuncio.

Un mortal extraordinario,
tenaz, inflexible, duro
mas que el bronce, el gran piloto
genoves, tranquilo y mudo,

En la brújula ambos ojos,
en el timon ambos puños,
gobierna la dócil nave
sin mostrar su frente susto.

Mas ai! no tiene su temple
de la ciega chusma el vulgo;
y aunque esforzados, se postran
los marineros robustos.

Rendidos y amedrentados
de tantos horrores juntos,
de navegacion tan larga,
de porvenir tan confuso,

Recuerdan la dulce España,
de su familia el arrullo,
y recuerdos y temores
abortan ciego tumulto.

«Si vive desesperado
este advenedizo iluso,
y busca la muerte, muera,
pero él solo,» dicen unos.

« Muera pues, repiten otros,
es un hechizero, un brujo,
que aquí á perecer nos trajo,
por sus designios ocultos. »

« Muera, gritan todos, muera,
y atras volvamos el rumbo;
á España! á España!... Y osados
trocando en furor el susto,

A la popa se abalanzan
esgrimiendo el hierro agudo
contra el heróico piloto
que desprecia sus insultos.

Y que con serena frente,
aunque con semblante adusto,
« Qué queréis? les grita osado,
sin temor os lo pregunto.

« Qué queréis? »— *España, España,*
suenan en gritos furibundos,
y el piloto les responde:
« Con indignacion lo escucho.

« Gente sin fe ni esperanza,
¿cuando á coger vais el fruto
de tanto valor y arrojo,
de tanto peligro y susto,

Queréis tornarle la espalda?
Que en vos volváis os conjuro,
y el nuevo sol, os lo afirmo,
será de ventura anuncio. »

La turba, como agitada
por un satánico influjo,
« Muera, » repite, y desoye
su acento noble y augusto.

El gran hombre ya resuelto
deja el timon, y ceñudo
avanzándose les grita:
« Llegád pues, matádme al punto;

« Pero sabéd, insensatos,
que de vosotros, ninguno
puede desde estas regiones,
hallar de la patria el rumbo:

Y que á mí tan solo es dado,
porque así á los cielos plugo,
el dominar estos mares
y el hallar puerto seguro.

« Matádme pues, ¿qué os detiene?»
La chusma en espanto mudo,
no responde, y se deshace
en terrorizados grupos.

Torna al timon el piloto,
torna la nave á su curso,
y todos á la obediencia,
aunque á despecho y disgusto.

Con la noche la borrasca
cedió de su fuerza mucho,
amansáronse las olas,
mas blando el viento se puso.

Y al rayar en el oriente,
tras de los mares cerúleos,
la nueva luz, ve el piloto
á su frente un leve punto

Que alzándose lentamente
de las olas, forma el bulto
de azul monte, en cuyas crestas
brilla el sol cual oro puro.

Se cerciora de que es tierra,
y hácia el trono del Ser sumo
ojos, corazon y brazos
alza, y le rinde el tributo

De gratitud. Y en seguida,
« Mirád, » les dice á los suyos,
enseñándoles el monte
con noble y triunfante orgullo.

La chusma que ve la tierra,
que ve el fin de tantos sustos,
y en aquel piloto un ángel,
convierte la rabia en culto.

Y arrojándose á sus plantas,
del entusiasmo al impulso
grita, y acordes repiten
cielo, tierra y mar profundo :

VIVA COLON, DESCUBRIDOR DE UN MUNDO.



UN EMBAJADOR ESPAÑOL.

—o—
ROMANCE I.

En Merino y Terracina,
que dominios son del Papa,
entra aquel Cárlos octavo
rei orgulloso de Francia.